

## Capítulo LV.

Donde descubre el ilustre caudillo una conspiración, en la que se proponían los mejicanos acabar con todos los españoles, y castigo que les dió Cortés.

Los españoles se dirigieron á Teuticaccac, distante seis leguas de Tizapatl.

También fueron objeto de muy buen recibimiento por parte de los indios.

Aposentáronse en dos templos.

Habia muchos en la población, y excitó la curiosidad de los expedicionarios uno de ellos, que se distinguía por ser el mayor de todos.

—¿Qué templo es ese?—preguntó Cortés á unos indios.

—Es el de la diosa Nitolaina,—le dijeron.—Tiene la preferencia de que todas las víctimas que se sacrifican en sus aras tienen que ser precisamente don-

cellas muy jóvenes. La más pequeña infracción en este punto atrae el enojo de la diosa, y para tener la seguridad de complacerla, se buscan muy niñas las que más tarde han de ser inmoladas en el ara.

Hernan Cortés trató de convencerles de lo estériles que eran aquellos sacrificios, y les inició en los principales misterios de la religión cristiana.

Derribó los ídolos, y ninguno de los indígenas se opuso á aquella determinación.

El cacique de Teuticaccac conversó largamente con los españoles, y especialmente con su caudillo, con el que estableció una estrecha amistad.

Por él supo Cortés nuevos detalles acerca de los españoles que iba buscando, y se enteró también del camino que había de seguir para encontrarlos.

—Ya que tantas pruebas de amistad me dáis,—le dijo,—vais á contestarme á una pregunta.

—Formuladla y tendré mucho gusto en complaceros.

—¿Vive el cacique Apoxpalon?

—Vive.

—Ya lo sospechaba yo, á pesar de que su hijo me ha dicho lo contrario. En verdad que no puedo explicarme esta falta de sinceridad.

—Pues yo os diré en lo que consiste. Apoxpalon quería evitar á toda costa que permaneciérais en su territorio, porque temía que las intenciones que allí os traían eran hostiles. Pero si guardáis secreto, yo os prometo que muy en breve vendrá á ponerse á vuestras órdenes.

— Os agradezco infinito esas noticias, y ahora que ya estoy seguro que vive Apoxpalon, confío en que su hijo no negará su existencia.

Llamó al mancebo, y abordando la cuestión, consiguió que el hijo fuera á buscar á su padre.

Un instante despues volvia acompañado del cacique.

—Perdonadme,—le dijo este;—me causa vergüenza confesar que el miedo me ha obligado á inventar esa fábula. Temia que destruyéseis mis pueblos. Pero ahora que estoy convencido de la rectitud de vuestros propósitos, os suplico encarecidamente que vengais conmigo á Izancanac, ciudad populosa en donde resido.

Cortés aceptó aquella cariñosa invitacion, y prestó un caballo á Apoxpalon para emprender la marcha con él.

El cacique temió al principio caer al suelo; pero vencido el miedo, celebró muchísimo aquel sistema de locomocion, completamente desconocido para él.

Llegaron á la ciudad, donde les recibieron con gran pompa, y se trasladaron á palacio.

Allí se hospedaron tambien todos los españoles.

Los soldados mejicanos que les acompañaban, se repartieron entre las casas principales.

Despues de obsequiarles con un espléndido banquete, les dió una canoa y hombres para que les sirviesen de guia.

Es costumbre en aquella tierra de Acalan, nombrar cacique al más caudaloso mercader.

Por esta circunstancia se habia elegido á Apoxpalon, que comerciaba en algodón, cacao, sal, oro puro y mezclado con cobre, caracoles encarnados, con los que adornaban sus personas y sus ídolos, resina y otros sahumerios para los templos, teas, colores y tintas, con las que se pintaban para las guerras y festividades, y otras muchas mercancías de gran estimación entre los indios.

Era tan considerable el comercio que hacia, que en muchas poblaciones tenia establecidas sucursales, y sus criados eran tantos, que poblaban algunos barrios.

Cuando Apoxpalon se despidió de Cortés, le pidió una carta para acreditar en todo tiempo la amistad que con él le unia, para no tener nada que temer, si por acaso iban á su territorio españoles.

El caudillo se apresuró á complacerle, felicitándose por el buen éxito de su expedicion, y haciendo ver á sus soldados la ligereza con que habian procedido al decirle que deberian volverse á Méjico.

Nuestros lectores no habrán olvidado que entre los señores mejicanos que el ilustre caudillo llevaba en su expedicion, porque gozaban todos de gran prestigio entre sus patriotas y temia que les sublevaran en su ausencia, iba uno llamado Oquici, señor de Azcapuzalco.

Este, cansado ya de sufrir el yugo que pesaba sobre su patria, concibió una idea para recobrar la independencia.

—Los españoles,—se decia,—están lejos de sus

hermanos, y no pueden esperar socorro alguno. Además, se encuentran en un país desconocido completamente para ellos.

Es preciso matarlos á todos, y despues regresar á Méjico.

Todos me aclamarán como su libertador, y me nombrarán su monarca.

Comunicó su proyecto á los otros señores que formaban parte de la expedicion, y avisó á los que habian quedado en Méjico para que en dia dado matasen á las españoles allí residentes, que eran unos doscientos y cincuenta de á caballo.

Fácil les hubiera sido, obrando con más precaucion, conseguir sus deseos, porque los españoles que habia en la capital eran pocos, y como ya sabemos, estaban divididos en dos bandos.

Los de Méjico se concertaron para aprovechar la primera ocasion favorable á las órdenes que recibian.

Poseidos de una gran alegría, hacian de noche gran ruido con sus atabales, caracoles y bocinas; y estas muestras de regocijo llamaron la atencion de los españoles.

Desde entonces salian siempre armados, y jamás se separaban de sus caballos.

Mexicalcainco descubrió á Cortés la conspiracion que se tramaba, mostrándole un papel con los retratos de todos los que formaban parte de ella.

Mucho agradeció aquella revelacion el caudillo, y llamando separadamente á los acusados:

—Sé por vuestros compañeros, á quienes acabo de

tomar declaracion, el infame proyecto que fraguábais. Ya no hay para qué negarlo.

Pero como yo soy generoso, á los que se arrepientan de su conducta les perdonaré. Aunque tambien sé quiénes son los jefes de la conjuracion, vais á señalármelos, y así podré juzgar de vuestra sinceridad.

—Ni nos amedrentan vuestras amenazas, ni creemos en vuestras ofertas. Pero como al aventurarnos á dar el paso que hemos dado estábamos resueltos á sufrir sus consecuencias, os diremos que los jefes de la conspiracion son Oquici, Conanacocheia y Tete-panquezatl.

—¿Y no os arrepentís de haber formado parte de ese complot, que tenia por objeto poner, fin á mis dias?

—De ningun modo. Obedecíamos gustosos á nuestro señor. Desear el esclavo su libertad y su señorío, es una aspiracion legítima, y por lo tanto, jamás nos avergonzaremos de ella.

Ya comprendereis que acariciando esta idea, habíamos de aprovechar la ocasion que se nos presentaba para realizarla. Contábamos aquí con muchos auxiliares, y vos, por el contrario, apenas teniais un puñado de vuestros hermanos.

En Méjico teníamos tambien esperanzas de triunfo por las disensiones que allí reinan. Pero ya que los dioses no han permitido que triunfemos, haced de nosotros lo que gustéis.

Hernan Cortés mandó instruir el proceso, y como

estaban convictos y confesos, las actuaciones fueron muy breves.

Mandó ahorcar á Oquici, Tlecatlec y Tetepanquezalt, y este castigo infundió gran temor en los demás conjurados.

Creían que la aguja y carta de marear era la que habían revelado al caudillo la conspiración que se tramaba, y le decían que mirase al espejo, como ellos llamaban á la aguja, para que se persuadiese de su arrepentimiento y confiase en su lealtad y cariño.

Los españoles fomentaban esta creencia, para que en lo sucesivo no se rebelasen.

La ejecución de los reos tuvo lugar en Izancacnac por Carnaval del año 1525.

Apoxpalon quedó horrorizado por las crueles escenas que había presenciado, y para manifestar á los españoles que estaba sumiso, quemó infinitos ídolos en su presencia, prometiéndoles ser su amigo y vasallo de su rey.

Se proponía Hernan Cortés visitar la ciudad de Mazatlan, y en tanto que reunía provisiones para la expedición, envió delante cuatro españoles, con dos guías que le dió Apoxpalon, para explorar el territorio.

Un momento después volvieron los cuatro guías, diciendo que había buen camino, y mucho pasto y labranzas.

Salieron de nuevo á adquirir más detalles, y prendieron á dos mercaderes cargados de ropas.

Les preguntaron si habían visto alguna vez españoles, y contestaron negativamente.

Cortés dispuso entonces que regresaran á Izancacnac los guías que le habían facilitado el cacique, y los reemplazó con los dos mercadores.

Otro día, recorriendo los alrededores, sorprendieron á cuatro espías de Mazaplan.

Pero al ver acercarse á los españoles, dispararon sus flechas, hiriendo á uno de los indios aliados y huyendo á refugiarse á un monte.

Persiguiéronlos, y lograron hacerles un prisionero.

Entregáronle á los indios que les acompañaban para que les custodiasen, en tanto que ellos proseguían el camino por ver si había más.

Los que se internaron en el monte, cuando vieron separarse á los españoles, cayeron sobre los indios que custodiaban al preso y le pusieron en libertad.

Esto dió lugar á un reñido combate.

Los indios del ejército de Cortés hirieron á uno de Mazatlan en un brazo de una gran cuchillada, y le prendieron.

Los demás apelaron á la fuga.

Este herido dijo que no sabían nada en su lugar de aquella gente barbuda, y que estaban allí por velar, como es su costumbre, para que sus enemigos, que tenían muchos por la comarca, no llegase sin ser sentidos á saltar el pueblo ni la labranza, añadiendo que no estaba lejos el lugar.

Cortés prosiguió al dia siguiente su camino, y á las tres leguas halló un lugar situado en un peñol.

Sus moradores habian huido al tener noticia de que se acercaban los españoles.

Registrando las casas, encontraron mucha miel, algunas aves, judías, maiz y otras provisiones.

El lugar era fuerte, por estar situado en un risco.

No tenia más que una puerta; pero llana la entrada.

Rodeaba á la poblacion por una parte una laguna y por otra un arroyo.

Tenia un foso muy hondo y un pretil de madera.

Cortés se alegró infinito que hubieran abandonado el lugar sus moradores, porque de otro modo, dadas las condiciones de defensa que tenia, le hubiera sido difícil penetrar en él.

Seria interminable nuestra tarea si hubiéramos de seguir al ilustre caudillo en aquella expedicion.

Bástenos saber que despues de recorrer y pacificar los pueblos que le separaban de Noco y Nito, en donde se le agregaron algunos españoles de los que habian desertado de sus filas, lo dispuso todo para trasladarse á la parte de Honduras que él habia puesto por nombre Medellin.

---

## Capítulo LVI.

---

En el que llega á saber Cortés lo que ocurría en Méjico.

La noticia de la muerte del ilustre caudillo, que sus enemigos habian propagado por todo el imperio, llegó á Santo Domingo.

Dos oidores, para cerciorarse de lo que ocurría, enviaron en un navío mercante que iba con rumbo á la Nueva España dos personas de su confianza.

Por el mismo navío recibió Hernan Cortés un mensaje de Alonso de Zuazo, en el que le decia que en Méjico habia muchas complicaciones, producidas por la guerra que se habia entablado entre los españoles divididos en dos bandos.

Le anunciaba que Gonzalo de Salazar y Peralmindez se habian hecho pregonar por gobernadores, á título de que él habia muerto; que habian prendido al

teserero Alonso de Estrada y al contador Rodrigo de Albornoz, y ahorcado á Rodrigo de Paz; que habian puesto otros alcaldes y alguaciles, y que le enviaban preso á Cuba para que fuese examinada su conducta respecto al tiempo en que fué juez.

Le participaba, por último, que los indios estaban para levantarse, y le relataba cuanto ocurría en la ciudad,

Cuando Hernan Cortés leyó este mensaje, pronunció las siguientes palabras, que conserva la historia y que retratan fielmente el dolor que se apoderó de su alma y la indignacion que le causó la deslealtad de sus capitanes:

—«Al ruin ponedle en el mando,—dijo,—y vereis quién es; yo me lo merezco, que hice honra á desconocidos, y no á los míos, que me siguieron en todas ocasiones.»

Retiróse á su aposento para reflexionar respecto á lo que debería hacer; pero la verdad es que á medida que avanzaba el tiempo era mayor su confusion.

No se decidía á abandonar aquella tierra por temor de perderla.

Durante tres dias mandó hacer procesiones y decir en honor del Espíritu-Santo, para que le aconsejase lo más conveniente y mejor al servicio de Dios.

Por fin adoptó la resolucion de ir á Méjico.

Dejó en Trujillo á Hernando de Saavedra, primo suyo, con cincuenta peones españoles y treinta y cinco de á caballo; envió á decir á Gonzalo de Sandoval que se faese de Naco á Méjico por tierra, y em-

barcóse él en aquel navio que le trajo tan tristes nuevas.

Un fuerte temporal que sufrió en el camino le hizo creer que la Providencia le aconsejaba que no abandonase aquella tierra, y entonces fué cuando despachó á Martin Dorantes, de cuya llegada á Méjico hemos dado cuenta en los capítulos precedentes.

Después de la partida del navio que condujo á Méjico á Dorantes, dispuso el ilustre Hernan Cortés que su primo Saavedra, con treinta españoles de á pié y otros tantos de á caballo, recorriesen el territorio para formar una idea exacta de él.

Anduvo este valiente capitán treinta y cinco leguas por un valle de muy buena y fértil tierra, y sin reñir con nadie atrajo muchos lugares á la amistad de cristianos.

Veinte caciques acudieron á ofrecerse á Hernan Cortés, y continuamente traían á Trujillo abundantes provisiones y magníficos regalos en prueba de su buena amistad.

No se portaron del mismo modo los señores de Papaica y Chapaxina.

Desde el primer momento presentaron una actitud hostil, y fué preciso acudir á las armas para someterlos á la obediencia.

En la batalla que tuvo lugar, se apoderó de tres señores de Chapaxina, y les mandó poner grillos.

Les dió cierto término para que poblasen el territorio, advirtiéndoles que de lo contrario sufrirían terrible castigo.

Esta amenaza produjo el efecto que se proponía. Pero aún continuaban rebeldes los de Papaica.

Envió una compañía de españoles de á pié y á caballo, y muchos indios.

Entraron de noche en la ciudad y sorprendieron á Pizacura, uno de los caciques.

Preguntándole por qué había opuesto tan tenaz resistencia:

—Yo me hubiera sometido á vosotros gustoso,—les dijo;—pero Mazatl, que goza aquí de gran prestigio, ha jurado guerra y exterminio para los de vuestra raza. Su carácter altivo, intransigente, ha sido causa de grandes catástrofes en nuestra tierra. Creedme: si lograis hacerle prisionero y ahorcarle, no habrá nada que temer en lo sucesivo. [Todos aplaudirán vuestra conducta, porque no hay uno sólo que le quiera bien.

Algunos días más tarde, por indicación de su delator, cayó Mazatl en poder de los españoles, se le formó proceso, fué sentenciado á muerte, y la ejecución tuvo lugar en la plaza pública.

El terror que produjo en los indios aquel espectáculo fué inmenso.

Todos acudieron á prestar juramento de obediencia y fidelidad á los españoles, temerosos de sufrir tan triste suerte.

Hernan Cortés, cuyos sentimientos generosos se rebelaban ante aquellas medidas extremas, sufría lo que no es decible al ver que las circunstancias le hacían obrar tan cruelmente.

Estando así las cosas, llegaron á Trujillo veinte españoles de Naco, de los de Gonzalo de Sandoval y de Francisco Hernandez, y dijeron que había llegado un capitán con cuarenta soldados de parte de Francisco Hernandez, teniente de Pedrarias, y que se dirigía al puerto ó bahía de San Andrés, donde estaba la villa de la Natividad de Nuestra Señora, en busca del bachiller Moreno.

Añadian también que este le había escrito ya diciéndole que no reconocía autoridad en Pedrarias, y que tuviese toda la gente, tierra y gobierno por la Chancillería.

Cortés escribió á Hernandez, aconsejándole que desechase las instigaciones de Moreno.

Que continuase acatando á Pedrarias como su jefe superior.

Hernan Cortés, que deseaba explorar la provincia de Nicaragua, porque sabía que era muy rica y estaba muy cerca, se disponía á emprender su marcha, cuando llegaron emisarios de la provincia de Huictlato, distante sesenta y cinco leguas de Trujillo.

—Venimos á pedir vuestra protección,—le dijeron.—Algunos españoles recorren nuestro territorio, ultrajan á nuestras mujeres y cometen toda clase de excesos. Sabemos que vos no podeis consentir esos desmanes y esas tropelías, y apelamos á vuestra justicia.

—Id en paz, que el castigo no se hará esperar mucho tiempo.

Los enviados se retiraron.

El ilustre caudillo dictó algunas disposiciones con el objeto referido, y acto continuo comenzaron de nuevo los preparativos para la expedición que proyectaba.

---

## Capítulo LVII.

---

Un clérigo bueno y otro malo.

Mientras esto sucedía en los departamentos donde había enviado gente Cortés, continuaba en Méjico la lucha entre los partidarios y los enemigos del ilustre caudillo.

Como es de suponer, Anton Perez fomentaba estas disensiones.

Méjico había tomado el carácter de una capital de provincia.

Como eran pocas las familias de españoles, todos se conocían, especialmente las mujeres andaban con chismes y cuentos.

Bien es verdad que estas rivalidades tenían por